

12 Revisión

A lo largo del curso hemos repasado los principales elementos y recursos de los que disponemos como escritores para componer nuestras obras. Esos recursos y técnicas son nuestras herramientas y debemos aprender cuál es su uso y como manejarlas. Ahora bien, sin perder nunca de vista dos cosas:

La primera es que nunca se debe tomar por dogma el uso de los diferentes recursos y elementos. En escritura no hay reglas, no hay fórmulas, no hay nada prohibido. No debemos aferrarnos a la explicación de un recurso o al ejemplo con el que hemos llegado a comprenderlo como si fuera algo inmutable, una ley que sí o sí hay que acatar.

En escritura no hay recetas, fórmulas o normas. Como autores únicamente podemos asegurarnos de que conocemos bien los ingredientes para luego crear nuestras propias formulaciones.

Como en un laboratorio, es un proceso de ensayo y error. Practicando y explorando las diversas posibilidades de combinación de los elementos es como lograremos dar con nuestra propia fórmula. Si se es un buen escritor esa fórmula dará lugar a buenas obras; si se es un escritor excelente la formulación dará lugar a esas obras que acaban por resultar canónicas porque en ellas hay nuevos modos de hacer gracias a los cuales la ciencia literaria avanza un paso.

La segunda cosa que no debemos perder de vista es que si bien los elementos de la ficción pueden estudiarse por separado, en la obra no funcionan como piezas aisladas. Por el contrario, juntos forman un todo orgánico e indiviso que tiene una finalidad expresiva.

Pensemos en el texto literario como un reloj: está formado por un diferentes piezas, muelles, ruedas, engranajes y resortes. Un relojero sabe para qué sirve cada una de ellas, las conoce de manera individual. Y sabe cómo organizarlas para convertirlas en un instrumento que sirve para medir el tiempo. La diferencia (importante) es que no existen muchas maneras de montar un reloj. Mientras que existe un número bastante amplio de formas de montar un texto literario.

Por tanto, no se trata meramente de conocer las técnicas narrativas. Se trata de comprenderlas, de no usarlas como una mera fórmula, sino de entender las diferentes maneras en que se pueden engranar en un texto.

Por todo lo anterior el proceso que lleva desde la concepción de la idea a la su plasmación en un texto finalizado es tan importante. A ese proceso le denominamos el proceso de escritura.

El proceso de escritura

El proceso de escritura es clave para todo escritor porque es un elemento básico tanto a la hora de escribir buenas obras como para ser un escritor productivo.

Todo escritor tiene un proceso de escritura, lo que sucede es que en muchas ocasiones no es consciente de él. Con el paso del tiempo, sobre todo si el escritor es un poco organizado y consecuente con su trabajo, va tomando conciencia de su proceso de escritura y puede incluso trabajar para mejorarlo.

Esto significa que no hay un modelo de proceso de escritura que pueda adaptarse a todos los escritores. Cada escritor debe desarrollar el suyo. Porque el proceso de escritura variará en función de la personalidad, gustos y preferencias de cada autor. E incluso puede tener ligeras variaciones de una obra a otra, según las características de lo que se escriba en cada momento.

A pesar de que cada autor debe crearse su propio proceso de escritura, proponemos a continuación un marco general que puede servir como base.

Las tres etapas del proceso de escritura

Como queda dicho, el objetivo del proceso de escritura es avanzar desde la idea al texto de manera metódica. Lograr que ese argumento que hemos vislumbrado como un fogonazo tome cuerpo, se encarne en personajes y palabras y se convierta en una novela o en un relato. Pasar de la idea germen a la obra finalizada.

Por eso podríamos dividirlo en tres etapas: una primera de planificación, una segunda de escritura y una última de revisión.

Fase de planificación

El primer paso que debemos dar como parte de un proceso de escritura efectivo consiste en refinar la idea.

Ya sea que acabemos de vislumbrar un buen argumento, ya sea que vayamos a comenzar a trabajar en alguna de las ideas que atesoramos en una libreta, lo primero que debemos hacer es asegurarnos de que esa idea tiene la entidad suficiente para convertirse en una obra literaria y valorar en qué tipo de obra podría convertirse: un relato, una novela, una novela corta...

Siempre es necesario dar al proceso creativo su adecuado tiempo de maduración para no caer en una escritura irrelevante. Una vez que nos hayamos asegurado de que nuestra idea tiene entidad suficiente para tomar cuerpo, toca planificar.

Conviene trazar un plan, aunque sea somero, de la forma en que planeamos contar la historia: ¿quién será su narrador?, ¿en qué momento comenzaremos a narrarla y cuál será su final? ¿Cuál será el conflicto y cuál el elemento detonador que lo presente?, ¿qué rasgos tendrán los personajes principales y cómo se enfrentarán al conflicto?, etc.

Se trata de sopesar las herramientas y recursos que conocemos (las que hemos repasado a lo largo de este curso) y elegir las que mejor puedan ayudarnos a construir nuestra historia, las que puedan plasmar su tema y su significado de manera más adecuada y potenciar la expresividad del conjunto.

La fase de planificación no es únicamente necesaria cuando proyectamos escribir una obra larga, como una novela, también piezas cortas como los relatos necesitan de ella.

No nos conformemos con esbozar ese plan en nuestra cabeza: tomar notas y hacer esquemas nos ayudará a ver claro las posibilidades de la obra, descartar opciones flojas y plantear posibilidades interesantes.

Esas notas serán también nuestra guía durante la fase de escritura. Así podremos valorar si nos ceñimos al plan previsto y rectificar posibles desvíos. O, en el caso de que surja alguna idea provechosa al margen del plan trazado, sopesar los cambios que implica en el resto de la historia para que no se cuele incoherencias o inconsistencias.

En resumen, esbozar un plan previo nos ayudará a tomar por anticipado las mejores decisiones para nuestra obra. También a desarrollar una escritura consciente y a erradicar la escritura impulsiva, ese tipo de escritura que nos aboca a lanzarnos a escribir apenas tenemos un atisbo de la historia, de un modo casi compulsivo. No hemos de olvidar nunca que la escritura es una larga paciencia.

La fase de escritura

Tras una fase de planificación concienzuda estaremos listos para abordar la fase de escritura.

Justamente, es la planificación lo que nos permitirá tomar por adelantado las decisiones importantes sobre la obra. Así podremos dedicarle el cien por cien de nuestra atención a la construcción del texto durante el proceso de escritura. No será necesario estar pendiente de la estructura, de los giros argumentales, de si es mejor que suceda esto o aquello otro: todo ese trabajo ya estará hecho y podremos concentrarnos en trabajar con fineza la escritura en sí.

Nuestra atención podrá concentrarse en visualizar mejor las situaciones y acciones que darán lugar a las escenas; imaginar los escenarios para describirlos con detalle; detenerse en esos matices imprevistos de los personajes o del conflicto que surgen mientras se escribe para hacerlos constar, etc.

Pero, además, la fase de escritura es el momento de permitir que las palabras broten y corran por la página, de poner una palabra tras otra para recrear con

ellas la historia que hemos imaginado. Sin duda, este es el momento preferido de todo escritor. Pero es importante, de nuevo, no abandonarse a la escritura impulsiva, sino mantener en todo momento el control y practicar una escritura consciente y pausada.

Es escribir de una manera consciente lo que nos permitirá escribir bien.

Escribir bien significa, en primer lugar y como es lógico, escribir correctamente, y eso implica emplear tiempo para pensar cada frase y volver sobre aquellas que puedan resultar incorrectas, oscuras o farragosas.

Pero cuando se escribe literatura se deben contemplar además otros elementos, más allá de la mera corrección lingüística. Hay, por supuesto, que elegir con cuidado cada palabra.

Recordemos que una obra literaria se construye únicamente con palabras, las palabras son el elemento básico de toda obra de ficción. Ellas son las que ayudan a que el lector se forme una imagen de lo que le estamos contando, son capaces de hacer que experimente lo que narramos y, de hecho, son la mejor manera de retener su atención que existe.

Pero también es necesario organizar las palabras en frases sonoras y rítmicas que se articulen en párrafos bien ordenados. Un buen escritor se afana en buscar efectos melódicos que le ayuden a resaltar ideas y, en general, a volver su escritura más literaria.

El escritor cuenta además con un sinnúmero de recursos —metáforas, enumeraciones, concatenaciones, oxímoron...— que puede emplear para subrayar el sentido, reforzar la sonoridad y el ritmo y, en definitiva, mantener la atención del lector —quedémonos con la idea de que el lenguaje es la red más efectiva para atrapar entre sus mallas al lector, cuando nos esforzamos en usarlo bien—. Durante la fase de escritura será el momento de elegir y aplicar esos recursos.

También durante la fase de escritura es probable que surjan ideas, perspectivas o posibilidades que supongan alteraciones respecto a lo previsto en el plan preliminar. Es la magia de la creación.

Debemos ser flexibles y permitir que la historia tome vida y nos sorprenda. Pero, una vez más, no debemos perder el control que en todo momento debemos ejercer sobre la obra.

Conviene entonces detener la escritura y sopesar adecuadamente esas nuevas ideas, explorándolas y comparándolas con el plan original. Si nos parece que contribuyen decididamente a mejorar la obra, corresponderá adoptarlas. No sin antes reelaborar nuestro plan maestro para asegurarnos de que los cambios que vamos a incluir encajan con el conjunto, tanto con aquello que ya hemos escrito como con lo que resta por escribir.

Puede suceder que durante la fase de escritura nos quedemos bloqueados, sin saber cómo proseguir la narración de nuestra historia. Si hemos hecho un buen trabajo previo es más raro que pase, porque tendremos claro por dónde llevar la obra, pero no obstante puede ocurrir. Escribir no es un trabajo mecánico, retomar el trabajo interrumpido el día anterior no siempre resulta sencillo, a veces, sencillamente, no se sabe por dónde proseguir.

Un sistema interesante para sortear este problema es utilizar la técnica de las escenas inconclusas. Se trata, simplemente, de dejar el trabajo en medio de una acción, un diálogo o una descripción. Así en la siguiente sesión de escritura solo tendremos que retomar desde donde lo dejamos y nos resultará muy sencillo continuar a partir de ahí.

Muchos autores se han servido de esta técnica. Por ejemplo, Juan Rulfo en un artículo publicado *Pedro Páramo, treinta años después*, explica: «Dejaba párrafos a la mitad, de modo que pudiera dejar un rescoldo o encontrar el hilo pendiente del pensamiento al día siguiente».

También Ernest Hemingway se servía de esta técnica, como explica en su libro autobiográfico *París era una fiesta*: «Cada día seguía trabajando hasta que una cosa tomaba forma, y siempre me interrumpía cuando veía claro cómo tenía que seguir. Así estaba seguro de continuar al día siguiente».

Fase de revisión

Por último, llega el momento de la fase de revisión. Esta es una parte determinante del proceso de escritura, así que vamos a examinarla en detalle.

La revisión

La de revisión es sin duda la fase menos brillante del proceso de escritura, pero es sin duda necesaria y, tal vez, la más importante.

Como escritores, debemos ser conscientes de una realidad: no se escribe una obra perfecta a la primera, por eso la revisión siempre es precisa. Pero, además, durante la fase de revisión podemos aprender mucho sobre nuestros propios procesos, mecanismos y tics a la hora de escribir.

7 de abril 2003

Terminé. De pronto todo lo que quería decir en el último capítulo me pareció que ya estaba dicho, que era hojarasca, que valía más un final sobrio, un poco seco. Pero quizá es solo por las ganas que tenía de terminar, de imprimir... Como me suele ocurrir, no ha sido un gran momento: más bien lo que siento ahora es cansancio, sí, el cansancio contenido, reprimido, negado, que ahora sale... Además, el momento no puede ser un clímax porque sé muy bien que es un falso final, que es solo el fin de la primera etapa, la más importante desde luego, pero el principio de otra o mejor dicho otras: dejar reposar, dar a leer a los amigos... aquilatar sus opiniones... volver a dejar reposar, a releer, a corregir... Pero bueno, la primera lectura será la mía. Tengo de veras curiosidad por lo que pensaré el lunes próximo, cuando la relea de corrido, en la biblioteca de la Universidad, en Barcelona.

22 de abril 2003

La releí y no me pareció mal. Hay que replantear el principio y el final, pero es solo un 20% o así del total, el resto está bien, creo que tiene agilidad, buenos personajes, y que las reflexiones sobre biografías de escritores le dan eco, espesor, hacen que no quede demasiado pegada a la historia que se cuenta.

Diario de una escritora – Laura Freixas

He aquí un pasaje extraído del diario de Laura Freixas en el que comenta la finalización y el comienzo de la corrección de su novela *Amor o lo que sea*.

Una vez que hemos llegado al final del texto, es el momento de volver al principio. Un relato (y, por supuesto, una novela) contendrá, al término de su redacción, múltiples errores, incorrecciones e inconsistencia que han ido surgiendo y acumulándose mientras escribíamos.

Como es lógico, la mayoría de las veces no es fácil ser consciente de esos errores mientras acometemos la tarea de crear; otras veces sí somos conscientes, mientras escribimos, de que hay cosas que precisan ser pulidas, pero es más urgente terminar primero de plasmar, aunque sea de manera imperfecta, la historia que hemos planeado. En cualquier caso, una vez concluida la escritura del texto, siempre es necesario someter el resultado a una profunda revisión.

La escritura es una tarea ardua; esto quiere decir que, a pesar de toda la atención que hayamos puesto, habrá muchos tropiezos en el camino, cometeremos muchos errores y será preciso subsanarlos. Por cada buena frase que salga de nuestra imaginación habrá otras muchas que habrá que revisar, incluso eliminar, para que el conjunto del texto tenga valor.

Sin embargo, por dura que sea la tarea, lo principal es que haya «algo» que corregir: es decir, un texto. Por eso la tarea de revisión debe acometerse siempre después de la fase de escritura, una vez finalizada esta.

Sí que podremos, mientras escribimos, volver atrás para hacer pequeñas correcciones o simplemente seguir el hilo de la narración. Una manera a menudo

efectiva de trabajar es releer antes de comenzar cada sesión de escritura lo que escribimos en la sesión anterior.

Repasar lo escrito es una forma de saber dónde te encuentras dentro de la historia, enlazar unas escenas con otras o, simplemente, poder retomar el trabajo donde lo dejamos el día anterior. Así retomamos el hilo y podemos realizar correcciones someras o de ortografía que vayan mejorando el texto sobre la marcha.

No obstante, lo adecuado es esperar a tener un texto concluido —un primer borrador— para emprender la fase de revisión. Por evidente que pueda parecer, si no hay un borrador sobre el que trabajar, no tendremos nada que revisar.

Por tanto, dejemos la tarea de la revisión para el final, cuando tengamos un texto completo que nos proporcione una imagen exacta de nuestro trabajo y él mismo nos dé las claves, al analizar el conjunto, de lo que es necesario enmendar.

Dejar reposar

Uno de los principios básicos más extendidos acerca de la revisión es que hay que dejar pasar un tiempo antes de acercarse de nuevo al texto. Muchos autores opinan que es mejor cuanto más tiempo repose un escrito.

Chéjov recomendaba: «Guarda el relato en un baúl un año entero y, después de ese tiempo, vuelve a leerlo. Entonces lo verá todo más claro».

Dejar reposar el texto antes de acometer una primera lectura (que será la primera de muchas más) con intenciones de revisar, corregir, eliminar, pulir y enmendar es absolutamente necesario.

Solo cuando se deja reposar se adquiere la distancia suficiente respecto al texto que permite juzgarlo con cierto desapasionamiento y con una mirada fresca y descansada.

Dejar reposar el texto nos permite descansar y volver después al texto con ojos frescos.

Llegar al final de la fase de escritura agotado es perfectamente normal. Escribir es una actividad intelectual exigente que implica permanecer durante un lapso importante concentrado en ella, haciendo trabajar nuestro cerebro para solventar problemas argumentales y demandándole esfuerzo para dar con las palabras y las frases apropiadas para contar nuestra historia.

De modo que lo apropiado es tomarse un descanso al concluir la fase de escritura. Mientras el texto reposa, también nosotros podemos descansar. Y ese descanso es muy necesario porque a continuación nos enfrentaremos a la fase de revisión y reescritura, que es también ardua y demandante. La revisión exige una gran atención y concentración, enfocarse en pequeños detalles, valorar con esmero cada palabra, cada frase y cada párrafo. De modo que no es buena idea iniciarla sin solución de continuidad, inmediatamente después de culminar la escritura.

Si encadenamos escritura y revisión comenzaremos esta última ya cansados, por lo que será más probable que cometamos errores y, en general, la calidad de nuestro trabajo se verá mermada.

Dejar reposar el texto también nos permite leer con ojos frescos.

Cuando terminamos de escribir un texto y acto seguido lo releemos con intención de revisarlo, en realidad nuestros ojos no ven el texto, lo que hacemos en realidad es recordarlo: sabemos lo que escribimos, las palabras todavía permanecen en nuestra memoria y ellas son las que acuden a nuestra mente; en realidad no estamos leyendo palabra por palabra y frase por frase. Ese es el motivo de que en ocasiones gazapos escandalosos sobrevivan a la fase de revisión.

Pero cuando se deja reposar un texto el tiempo suficiente luego puede leerse como si fuera de otro autor.

La gran pregunta: ¿cuánto tiempo se debe dejar reposar el texto antes de acometer la lectura que inicia la fase de revisión.

Haruki Murakami apenas deja reposar el texto una o dos semanas, Stephen King aconseja dejarlo reposar durante unos meses y Chéjov hablaba de un año entero.

Como sucede a menudo en cuestiones de escritura, no hay una respuesta buena. La válida es la que le funcione a cada escritor. Por eso es tan importante afinar un proceso de escritura propio.

En cualquier caso, ese tiempo que nos tomamos antes de comenzar la corrección, sea mayor o menor, sirve para tomar distancia del trabajo realizado y nos permite ver bajo una nueva luz nuestra obra. Es decir, el tiempo nos permite tomar perspectiva frente a nuestro trabajo y detectar, con la relectura del texto, pasajes reiterativos o superfluos, incorrecciones gramaticales, contradicciones, etc.

A qué prestar atención

Podemos plantearnos la pregunta de qué debemos corregir, cómo saber qué partes son las que necesitan corrección. La respuesta a estas preguntas nos las dará la lectura detenida del texto.

Los errores ortográficos, sintácticos o gramaticales resultan fáciles de detectar y corregir, a poco que se tengan los indispensables conocimientos sobre ortografía y gramática que se le presuponen a un escritor.

También son fáciles de detectar las pequeñas contradicciones o incoherencias que pueda presentar el texto a modo de fallos de *raccord*. Por ejemplo, si hemos descrito a nuestra protagonista vestida con una falda gris, pero luego hablamos de su vestido negro, la corrección resulta fácil.

Al releer nuestro texto en el momento de la corrección también es conveniente prestar atención a la sucesión temporal de los hechos, para detectar y subsanar posibles incongruencias. Debemos asegurarnos de que el paso del tiempo es comprensible a lo largo de toda la narración, puesto que esta presupone, precisamente, una sucesión en el tiempo, es decir, una cronología.

Si hemos usado analepsis, conviene comprobar que ese salto hacia atrás en el tiempo resulta comprensible para el lector, así como la vuelta al presente de la narración. Pero igualmente hay que comprobar que el devenir del tiempo es claro, que no hay lagunas o inconsistencias.

En general, la lectura del texto terminado nos dará la clave de aquellas partes que obstruyen el natural fluir de la historia, bien porque la acción que narran sobra en la trama, bien porque hayamos incurrido en algún error al plantearla.

Algunos autores gustan de hacer la lectura de sus textos en voz alta, como método más apropiado para detectar las partes disonantes. Este método es especialmente útil a la hora de saber si las partes habladas (como vimos en la lección dedicada a los diálogos) son correctas, suenan de manera natural y no resultan forzadas. De este modo, nuestro oído nos indicará si el diálogo resulta falso o inverosímil, o si la actitud y el tono del personaje son los correctos.

Debemos detenernos en esas partes disonantes y recapacitar detenidamente sobre ellas, con honradez. ¿Aportan esas líneas algo a la narración, qué buscábamos expresar con ellas, hay otra manera de contar lo mismo, cómo encajan en la totalidad del texto?

En ocasiones, percibimos la necesidad de suprimir uno o varios párrafos una vez que hemos comprendido que no aportan nada al curso de la narración o que resultan redundantes por incidir sobre aspectos de la trama que ya se habían tratado. Cuando esto ocurre y somos conscientes de ello, lo mejor es eliminar esos pasajes que pueden resultar pesados para el lector al no aportar nada nuevo a la historia, o incluso oscurecer el correcto discurrir de la misma.

Eliminar un fragmento del texto siempre es doloroso: pensamos en el esfuerzo, en el tiempo de trabajo que invertimos para crearlo, y no queremos perderlo. No obstante, debemos pensar en lo que beneficia a la obra en su conjunto, por encima de nuestro deseo de conservar cada parte.

Si esa parte que debemos suprimir porque no encaja en la narración nos parece buena, no debemos destruirla. Podemos conservarla como semilla de un futuro trabajo, o tal vez más adelante podamos incorporarla a otra narración en la que encaje de forma perfecta.

Otras veces, sin embargo, estamos seguros de que esos pasajes disonantes que la lectura del texto nos señala son del todo necesarios en nuestra narración. Entonces, debemos estudiar detenidamente dichos pasajes y reflexionar sobre la mejor manera de reformularlos: lo que contamos, ¿puede empastarse en otro lugar, antes o después?; ¿puede resumirse, decirse de otra manera?

Puede que el tono no sea el justo, por lo que debemos reelaborar esa parte de otra manera, hasta dar con el tono apropiado. Por ejemplo, puede ser que lo que narrábamos de manera prolija, lo que convierte un pasaje en arduo para el lector, pueda narrarse sirviéndonos de un diálogo, convirtiéndose así en un fragmento más ágil y ligero.

Ocurre que muchas veces, durante la corrección, podemos hallar en el texto reminiscencias de estados emocionales en los que estábamos inmersos durante la escritura y que recogimos en ella, aunque pueden no aportar nada a nuestra historia o incluso desfigurarla. En el momento de crear el texto puede resultar-nos difícil alejarnos lo suficiente de lo que en esos momentos nos embarga a nivel personal como para no verterlo de alguna manera en la historia. Por eso el momento de la corrección, si hemos dejado pasar el tiempo suficiente, nos permite detectar esos ecos y tratar de encajarlos de manera oportuna en la narración o eliminarlos si es necesario.

La revisión de la obra nos otorga una imagen general de la narración, permitiéndonos ver que todas sus partes encajan sin fricciones y componen un todo que se ajusta (más o menos) a la idea que teníamos cuando comenzamos a escribir. Debemos seguir la trayectoria que traza la historia y comprobar que es limpia, comprensible, aunque esté llena de digresiones o encrucijadas. Debemos asegurarnos de que estas digresiones o encrucijadas existen porque nosotros lo hemos querido, porque son pertinentes, no porque la narración se nos ha ido de las manos.

Por ello, nuevamente hacemos hincapié: si en algún momento hay una parte de la historia que nos resulta ajena, prescindamos de ella o tratemos de reestructurarla para que se ciña a lo que pretendíamos contar.

Por otra parte, debemos asumir que, muchas veces, todo el trabajo realizado es prescindible. A pesar de la ilusión y el esfuerzo invertido, la narración en que hemos estado trabajando, cuando volvemos sobre ella para su revisión una vez

transcurrido el tiempo, puede parecernos floja, pueril, rimbombante, alejada de nuestro estilo...

Hay mil razones por las que un texto en el que hemos trabajado duramente, transcurrido el tiempo, viene a parecernos un texto débil, insalvable. Cuando sea así, no debemos dudar en reconocer que la narración no es buena, pues esto no supondrá ningún desdoro para nuestras habilidades. Al contrario, es nuevamente una gran oportunidad para aprender de nuestros errores y estudiar nuestra manera de enfrentarnos a la escritura.

Una vez hemos llegado a la seguridad de que el texto no plasma la idea que queríamos transmitir debemos, más que nunca, analizar dónde se ha producido el desvío que nos ha alejado de esa idea.

Tal vez podamos rescatar esa idea primera y tratar de reescribirla de nuevo. Puede que la manera de abordarla no fuera la idónea, que la hayamos abordado desde un punto de vista que la desfigura, o que el desarrollo de la trama no sea el más apropiado. Sea cual fuere el motivo de que el texto no nos satisfaga, quedémonos siempre con lo positivo que con toda seguridad hay en él: salvemos esos fragmentos de buena literatura, porque tal vez puedan sernos de utilidad en otra historia. Pero no tengamos compasión a la hora de desechar el texto íntegro.

Ahora bien, si la historia nos sigue pareciendo buena y consideramos que es solo cuestión de darle un tratamiento distinto, lo recomendable es que no acometamos la escritura de forma inmediata. Puesto que acabamos de releer, después de un tiempo, la narración, podemos de alguna manera estar bajo su influencia. Por ello lo mejor es que, en un primer momento, nos limitemos a tomar notas de por qué la idea nos parece buena y qué pudo haberla desvirtuado en el primer texto, así como nuevas maneras de afrontarla que puedan parecernos más adecuadas. Una vez hayamos dejado reposar esas ideas, será el momento de volver a intentar abordar la historia.

Varias lecturas

La revisión necesita de varias lecturas consecutivas, perfectamente enfocadas en diversos aspectos del texto. Será necesario tomar notas, sopesar opciones, cotejar el borrador con nuestros esquemas preliminares y reescribir, reescribir mucho.

Para hacer una buena revisión no basta con leer el texto una única vez. Es preciso leerlo en varias ocasiones, no solo para detectar aquellos fallos que en una primera lectura puedan haberse pasado por alto, sino también para comprobar que los cambios que estamos aplicando encajan y no presentan a su vez nuevos problemas.

Si no se tienen mucha experiencia en las labores de revisión, es recomendable centrar cada lectura en un único aspecto del texto: una lectura para revisar los diálogos, otra para la cronología, otra para detectar clichés y frases hechas, otra para valorar el desarrollo del protagonista... Pero a medida que nos soltemos en el oficio de escribir, nos ejercitaremos también en la tarea de revisar y podremos atender a diversos elementos en cada lectura (aunque seguirá siendo recomendable hacer varias).

La última lectura debe ser la destinada a la corrección ortotipográfica. Por supuesto, podemos haber subsanado cuantas faltas y errores detectemos a lo largo de cada lectura. Pero así y todo deberemos acometer una última lectura enfocada únicamente en la corrección del texto con respecto a gramática y ortografía que limpie el texto de erratas, tildes que faltan o comas mal puestas, entre otras cosas.

Cuándo dar por concluida la fase de revisión

Otra cuestión que se nos plantea cuando nos enfrentamos a la corrección de un texto es, precisamente, dirimir cómo sabemos que ya podemos finalizar la revisión, que ya no hay nada más que corregir.

Esta pregunta tiene difícil respuesta. A dársele nos ayuda precisamente el tiempo que hemos dejado transcurrir desde que hemos terminado de escribir hasta que nos dedicamos a corregir. Porque ese nuevo acercamiento al texto, que debe ser desapasionado, es el que nos dará la clave de qué partes funcionan mal o descomponen la idea que queríamos transmitir.

Cuando hemos corregido esos pasajes que en las primeras relecturas nos han parecido poco convincentes, es el momento de parar. Entonces, debemos volver a releer el texto completo para comprobar que esas disonancias han desaparecido y que las modificaciones que hemos introducido no alteran el conjunto de la narración.

Hay que tener en cuenta que la tarea de corregir puede resultar interminable, sobre todo porque nuestro nivel de exigencia nos suele llevar a pulir cada detalle y a encontrar siempre una manera más apropiada de conducir la narración. Pero esto no necesariamente tiene que ser bueno.

Someter el texto a un largo proceso de revisión no asegura que la obra vaya a ser al final sustancialmente mejor.

Una vez realizada una revisión concienzuda y metódica, seguir puliendo, modificando, quitando y añadiendo no mejora la obra. La cambia, sin duda, pero no necesariamente para mejor. De hecho, en ocasiones la cambia decididamente para peor.

En el caso de la revisión de un texto literario se puede aplicar la teoría de los rendimientos decrecientes. Aplicar más horas y esfuerzo a la revisión implica llegar a un punto en el que ni ese tiempo ni ese esfuerzo van a dar frutos reales.

Cuando nos sorprendemos eliminando una palabra para volver a ponerla en el mismo sitio poco después, si hemos probado ya una docena de finales distintos y si no dejamos de reordenar las escenas, probablemente hemos entrado ya en la fase de rendimientos decrecientes.

Al corregir es siempre necesario respetar el trabajo hecho y la vitalidad que en el momento de crear insuflamos a cada línea. Más allá de los retoques que la primera lectura atenta nos sugiere, no debemos trabajar más en el texto, so pena de restarle naturalidad y conseguir un trabajo perfecto, pero inerte y frío.

Es normal que al terminar la obra nos invada cierta incertidumbre y abriguemos algunas dudas sobre si podríamos haberlo hecho mejor. Cuando eso suceda, que sucederá, conviene tener presentes las palabras de John Cheever: «En toda mi vida, nunca terminé nada para mi absoluta y duradera satisfacción».

Un escritor debe aprender a vivir con la certidumbre de que cada una de sus obras podría haber sido mejor, pero también a aceptar que lo hizo lo mejor posible que le era dado.

Como dejó dicho Leonardo da Vinci: «Una obra de arte nunca se termina, solo se abandona».

Por último, el de la corrección es, además, un momento que propicia el aprendizaje de las herramientas narrativas, así como de nuestra propia manera de escribir. Aprendemos sobre nuestro ritmo y nuestra voz, sobre nuestros puntos débiles, sobre qué aspectos nos cuesta más resolver: los diálogos, el humor, la ilación de las distintas escenas...; pero también de cuáles sabemos salir airosos.

De ese aprendizaje acerca de la manera en que nosotros mismos abordamos y resolvemos las historias que deseamos poner por escrito surge un conocimiento necesario e interesante que cimentará el tratamiento de futuras obras.

El de la revisión puede considerarse también un tiempo destinado a la reflexión personal, a un hacerse preguntas no solo sobre la obra en la que se trabaja, sino sobre cada obra que se escribe. Un momento para que el escritor recapacite sobre su oficio y para especular sobre sus principios, en busca de su propia poética.